

## BIBLIOTECA COMENTADA DEL HOMBRE DE NEGOCIOS

**N**o dudamos en recomendar a los empresarios, como libro de lectura y meditación económicas, éste de *Política de Salarios*, en el que la Sección de Publicaciones del Ministerio ha recogido dos artículos aparecidos en la *Revista de Trabajo*, noviembre-diciembre de 1952 y marzo de 1953.

Su autor, D. Antonio F. de la Granda, es Inspector técnico general de Trabajo y Profesor de la Escuela Social.

El mismo formato del libro, de bolsilo; la excelente impresión, invitan a adentrarse por sus páginas.

Pero, sobre todo, el estilo fácil y transparente, animado. La dición castiza y moderna no encuentra barreras ni aun tratando de temas económicos que, a leer otros autores, pueden parecer difíciles de explicar y entender. Aquí todo semeja sencillo y asequible.

Entonces, ¿por qué decimos "no dudamos" en recomendar la lectura?

¿Es que se podría abrigar algún recelo? Sí. Además de su título, la conclusión que emerge de todas sus páginas, de que hay que subir los salarios, podría inspirar cierta sospecha a los empresarios, a los *hombres de negocios*.

Pero que hagan frente a esa primera inquietud. Que se adentren en la lectura y verán que el libro es para ellos, que

aunque les hable de subir los salarios, acabarán convenciéndose de que semejante política es beneficiosa aun para los patronos.

Y en esto vemos nosotros el mérito principal de esta publicación. En pretender y *conseguir probar* que una política de salarios nominales en alza, netamente favorable a la clase obrera, por redundar en una sensible mejora del salario real, no está reñida ni con el beneficio justo y razonable del empresario, ni con el progreso económico, ni con la relativa estabilidad de la moneda, ni con una *genuina* teoría del ahorro e inversión.

Es decir, que el autor propugna una política de salarios, beneficiosa para todo el mundo, delineando los contornos que deben configurarla, y señalando los límites que no puede sobrepasar.

No queremos ocultar al lector que habrá un reducido sector de industriales o financieros, a quienes la lectura de este librito causará, si se quiere, hasta náuseas. Pero serán los hombres de negocios, ávidos y codiciosos; los que quieren siempre ganar más y más y a toda costa, sin miramiento a las ruinas que van sembrando en torno, a lo que otros tienen que bajar para que ellos puedan subir; los que especulan con el gasto suntuario y de lujo. A esos no les gustará ciertamente la lectura del libro.

Pero confiamos fundadamente en que esos no serán los hombres de negocios que leen nuestra revista. Nuestros lectores serán más bien esos "honrados industriales y hombres de buena fe" a los que alude el autor (pág. 184), y que a una política de mercado estrecho (de lujo), salarios míseros, grandes beneficios por unidad producida, prefieren otra de menores beneficios por unidad vendida, pero de salarios altos, y por lo mismo de mucho más extenso mercado y venta.

Y saludamos al autor con tanto mayor alborozo, cuanto su contribución representa el primer conato de un economista por defender válidamente la subida de salarios. Porque, realmente, es para causar desazón y agobio ver cómo imperan en nuestros medios económicos y universitarios, y aun

ministeriales, teorías erróneas sobre los pretendidos y nefastos resultados de una política de alza de salarios.

No podemos entrar en detalles. Vamos a señalar tan sólo los puntos más esenciales y *originales* de la concepción del señor de la Granda.

Constituye el nervio de su tesis la nueva noción del ahorro-consumo. A la idea clásica, que considera el ahorro como una privación, una abstención del consumo, sustituye él la más nueva del ahorro incluido virtualmente en todo gasto de consumo.

En efecto, en el precio de venta pagado al empresario por el consumidor, va calculado un cierto margen de beneficio, remuneración del capital invertido, y que debe dar lugar a la reconstitución del material desgastado por el uso (amortización), y una mayoración correspondiente a la "pura" ganancia empresarial, que debe ser mantenida y a altura, si se quieren dejar a salvo la iniciativa patronal y las nuevas inversiones.

De este punto fundamental arranca la política de salarios nominales en alza, que aumentando la capacidad constitutiva de las clases populares estimula por lo mismo el gasto, y por lo mismo el ahorro y la inversión, teniendo como feliz resultado una progresiva expansión de la producción, una sensible elevación del nivel de vida y, además, una mejor redistribución de la renta nacional.

Con vigor contrapone el autor el ahorro por consumo, por presión de la demanda efectiva en el mercado, al ahorro tradicionalmente considerado como una dilación del consumo actual por el disfrute futuro de una renta. Hace ver la distinta eficacia de uno y otro, y los muy diversos cauces por los que las inversiones nacidas de ambos pueden ocurrir. La inversión provocada por el ahorro-consumo derivará hacia la producción de artículos que satisfagan las exigencias de la demanda popular; la otra se perderá y absorberá en el golfo de las industrias de lujo, sobre todo cuando se ha seguido la descaminada política de contener los salarios, como medio de frenar la inflación y el alza de precios, y estimular, por ende, el ahorro.

Quizás un poco oratorios, pero en extremo contundentes, son los argumentos aportados para corroborar estas tesis: las diatribas contra la "inversión por la inversión", y la analogía tomada del ahorro-consumo de guerra, estimulante eficacísimo de las inversiones.

No podrá menos de admirar el lector la trascendencia de estos puntos de vista, al caer en la cuenta de las consecuencias que acarrea la que, con marcada originalidad, el autor denomina "*inflación a la inversa*". La disminución del poder de compra de los trabajadores, causada por la subida inevitable o inevitada de los precios, obliga a los empresarios a vender más caro, a subir los precios, desencadenando la espiral inflatoria, pero de efectos dispares, pues mientras eleva cada vez más la renta, el gasto y el lujo de *los menos*, disminuye el salario real, el poder de compra y por ende, el consumo, aun de lo estrictamente necesario, de *los más*.

Estamos totalmente de acuerdo con estas ideas. Y nos bastaría para tenerlas por ciertas, el verlas reflejadas con hiriente luminosidad en el espejo de la actual realidad española. Mientras los precios han subido, y los salarios estaban bloqueados, nuestras clases populares supieron de muchas angustias, pero los nuevos ricos abundaban en dinero, y quienes antes iban a pie, disponían de un "Opel" y aspiraban a un "Cadillac".

También estamos de acuerdo con la defensa que el autor hace del justo beneficio empresarial, aunque sea alto.

Alabamos también, y calurosamente, la moderación con que dice debe implantarse esta política de alza de salarios. Porque si recalca con vigor los nefastos efectos del bloqueo de salarios, no deja de advertir también los inconvenientes que podría acarrear una carrera desenfrenada de los mismos. Y no es el menor mérito de su exposición al señalar con justeza dónde confluyen las exigencias del justo salario y del razonable beneficio: "Si los salarios se van elevando hasta un alto, pero razonable nivel, disminuye también el beneficio neto hasta un límite igualmente razonable, lo cual quiere decir que se realizarán las inversiones en una propor-

ción adecuada para mantener constantemente acrecido el índice de producción, de tal modo que no sólo neutralice el aumento demográfico, sino que lo supere (excedentes de producción, progreso económico")—pág. 143—.

Creemos que estos puntos, así resumidos, forman el núcleo de las tesis del autor.

Otros aciertos de detalle podríamos todavía señalar. Por ejemplo, el enfoque dado al problema del paro, "*con todos los obreros colocados, si sus salarios son submínimos, existe paro*" (pág. 169, nota). La consideración de que los salarios, por la dificultad de los despidos o la cuantía de las indemnizaciones requeridas, pasan casi a la categoría de gastos fijos de las empresas, con lo que no pudiendo el empresario, en momentos de deficiencia de la demanda y producción, disminuirlos para reducir sus costes unitarios, se ve obligado a desquitarse subiendo todavía más los precios de venta (pág. 155). Las reflexiones dedicadas incidentalmente a las inversiones a que pueden dar lugar las recaudaciones de la cuota del seguro (pág. 92): bienes populares, pero de "*tipo colectivo*" (pág. 181). El interesantísimo problema suscitado, y tan bien planteado, de la prelación de inversiones agrícolas o industriales. La rotunda y verdadera afirmación de que "*es absurda la teoría de esperar a producir más para distribuir mejor, pues esto no se alcanzará nunca; lo que debe hacerse es redistribuir mejor para producir más*" (pág. 182).

Otras más cosas podríamos todavía notar, y con elogio.

¿Alguna objeción? También; pero, en conjunto, de menor monta.

Por ejemplo, no alabamos el capricho de introducir un estudio sobre la política de salarios, queriendo convencer-nos del interés que existe en "*racionalizar la ortografía*". Pero valga, por la originalidad de la ocurrencia.

No acertamos a ver, si no nos lo explica un poco más detalladamente, cómo su teoría del ahorro-consumo no corre peligro de caer en el autofinanciamiento de las empresas (pág. 78).

También desearíamos, antes de pronunciarnos definiti-

vamente sobre ella, más aclaración sobre la original concepción de la "Escala móvil de salarios y de rentas" a través del impuesto progresivo y *modificado* (?).

A ratos parece dar demasiados vuelos a la intervención impositiva, "fijadora" de precios, del Estado. O mejor, parece creer en su eficacia técnica.

Si tan convencido está el autor de sus teorías, ¿cómo no ha tenido ánimos para imponerlas en los círculos concéntricos y próximos al Ministerio de Trabajo? ¿No está él también en el puente de mando que regula el rumbo de las Reglamentaciones de Trabajo?

Un reparo de índole más general. Hubiéramos preferido que en la exposición de tan sugestivo temario hubiera adoptado el autor un método algo más riguroso. La pasmosa facilidad de estilo, le ha llevado a ciertos excesos oratorios, semi-polémicos. A veces parece estar hablando con oyentes, salir al paso de sus réplicas. En toda la factura del libro sigue más bien un hilo espontáneo, de lógica *interna*, de corazón, más que un orden bien trabado y de lógica formal y discursiva. Queremos decir que la originalidad, amplitud y verdad de sus puntos de vista, hubieran merecido un tratamiento más *científico* y estructurado. Quizás tenga entre manos el autor la confección de un tratado que, dejando atrás los viejos manuales de *Economía Política*, nos dé un texto de *Economía Social*.

No pediríamos otra cosa al autor.

M. PERNAUT, S. I.